

Vida en el
Espíritu



— Joe Crews

Copyright ©
Lu Ann Crews

All rights reserved.
Printed in the USA.

Published by:
Amazing Facts, Inc.
P.O. Box 1058
Roseville, CA 95678-8058
800-538-7275

Vivir en el Espíritu

Joe Crews

La mayor necesidad de la iglesia hoy es un genuino avivamiento y reforma espiritual. Esto es por lo que los verdaderos cristianos han estado orando a través de los años, en el círculo familiar, a solas en su aposento, y con el cuerpo de la iglesia en sábado. Hay una profunda sensación de insuficiencia cuando nos sentamos en un hogar dando un estudio bíblico o nos paramos ante una audiencia donde cientos necesitan tomar una decisión por Cristo. Sabemos que no hay manera humana de ganar un alma o convencer de la Verdad. Solo el Espíritu Santo puede realmente ablandar los corazones para la aceptación y conmover el alma con convicción. Así que oramos mientras extendemos palabras débiles y vacilantes, para que el poder de Dios irrumpa en ese momento de compartir.

A veces, por supuesto, vemos la respuesta a esas oraciones. Las personas se convierten, los enfermos son levantados y se toman decisiones para el bautismo. Pero ¿por qué no lo vemos más a menudo? ¿Es este testimonio intermitente del Espíritu Santo todo lo que podemos esperar de Dios? ¿Por qué no ocurre cada vez que oramos y reclamamos las promesas?

Hay temporadas especiales en que nuestros corazones arden dentro de nosotros, y salimos de una reunión de oración regocijándonos por el refrescante ministerio del Espíritu. Pero ¿cómo se sintió Dios con respecto a esa reunión? ¿Pudo Él cumplir Su perfecta voluntad en ese servicio? Cuando la plenitud del poder de Dios sea revelada, nadie saldrá a hablar de ello en tonos mansos y sin vida. Como un fuego del cielo, el Espíritu destellará e iluminará de corazón a corazón hasta que la tierra misma sea iluminada con Su gloria.

Pero ¿por qué seguimos esperando el cumplimiento de la promesa del Espíritu en todo su poder pentecostal? Probablemente ningún cristiano conocedor sostendrá que la plenitud de esa promesa se ha realizado hoy. Esto no quiere decir que no haya habido vislumbres emocionantes y revelaciones momentáneas de esa bendición que traerá consigo toda otra bendición. Pero

los cristianos hambrientos y anhelantes de todo el mundo conceden que solo hemos arañado la superficie de las promesas de Dios.

De hecho, existe un consenso general de que la iglesia se encuentra en el umbral de su misión más singular y predestinada. La "lluvia tardía" del Espíritu debe proporcionar una entrada explosiva en la fase final de la cosecha del evangelio eterno. Y si bien no se conoce el momento exacto de esa visitación, hay decenas de textos que describen las consecuencias espirituales de tal avance.

Muchos creen que los "tiempos de refrigerio" ya han llegado y que nuestra propia falta de fe y preparación ha retenido el bautismo del Espíritu Santo en su manifestación final. Cuando leemos las promesas bíblicas de la disposición de Dios para obrar a través de Su pueblo comprometido, no parece haber duda de que la culpa recae en nosotros y no en Él.

La descripción inspirada de nuestro rol asignado bajo el Espíritu Santo nos deja casi sin aliento. Se usan palabras y frases que parecen absolutamente fanáticas y super-exageradas. Nuestras mentes se asombran por el increíble alcance de las promesas que se aplican al pueblo de Dios ahora mismo. Parpadeamos y pensamos que debe haber un error, o que tiene que haber algún significado secreto o reserva oculta en las palabras. Una y otra vez la Biblia usa expresiones superlativas para definir la experiencia victoriosa de los creyentes. Dios no dice que podemos ser conquistadores; Él dice que podemos ser «*más que vencedores*». No dice simplemente que podemos ser salvos, sino «*salvos hasta lo sumo*». No solo nos hará triunfar, sino «*siempre triunfar*». ¿Realmente significan esas palabras lo que dicen?

Les presento que Dios no multiplica frases eufónicas para causar una impresión. Hay un poder inherente y auto-cumplidor en cada promesa de la Biblia. No importa cuán extremo pueda sonar el texto a nuestros oídos, lo que sea prometido se cumplirá con precisión tan pronto como creamos. No importa cuán imposible pueda parecer, podemos creer porque Dios lo dice.

Consideremos la naturaleza extravagante de la promesa en 2 Pedro 1:3, 4. «Según como su divino poder nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad» (2 Pedro 1:3). Por favor, noten, en primer lugar, que el

«*poder divino*» se refiere al Espíritu Santo. Él ya ha sido enviado para continuar la obra que Jesús hizo mientras estuvo aquí en la tierra. El texto no dice que el poder «*dará*», sino que «*ha dado*» ya. No necesitamos buscar algún posible suministro futuro de poder. Es nuestro ahora con solo pedirlo y reclamarlo. ¡Simplemente necesitamos poseer nuestras posesiones!

Pero ¿qué nos ha puesto ya a disposición ese poder divino del Espíritu Santo? El texto dice: «*Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad*». ¿No los asombra eso? Es como un cheque en blanco del banco del cielo, ¿no es así? No es para cosas materiales como casas, autos y tierras, pero incluye absolutamente cualquier cosa y todo lo que puedan necesitar para vivir una vida piadosa.

¿Han anhelado la victoria sobre el pecado, la santificación, la santidad, la semejanza a Cristo, la pureza y la perfección de carácter? Está incluido en el «*todas las cosas*» de este versículo. Y no intenten racionalizar las palabras y hacer que digan algo distinto de lo que dicen.

La fe trae el poder

Repito que este es un cheque firmado por Dios, girado sobre los poderosos e inagotables recursos del banco del cielo. Dios nos dice que lo llenemos en cuanto al monto. Ya está firmado y certificado por Él. ¡Qué promesa! Pero ustedes podrían preguntar: «¿Cómo se procesa este cheque?». El siguiente versículo explica los procedimientos para cobrarlo. «Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia» (2 Pedro 1:4).

¡Ahí está! El poder está en la promesa misma. Tan pronto como la creemos, nuestras vidas pueden comenzar inmediatamente a participar de Su naturaleza divina. ¿Puede haber un privilegio mayor que participar realmente en la vida misma de nuestro Señor Jesús? Su omnipotencia se une a nuestra debilidad finita, y somos empoderados para vivir la victoria que Él obtuvo cuando «*fue tentado en todo según nuestra semejanza*». No tenemos que ceder a las corrupciones y las concupiscencias del mundo; podemos «*huir*» de ellas reclamando el «*poder divino*» de esa «*naturaleza divina*».

Muchos cristianos profesos no pueden reunir la fe para creer promesas como esta. Prefieren creer que nuestras naturalezas caídas son demasiado depravadas para ser totalmente victoriosas sobre el pecado, incluso a través del poder del evangelio. ¡Qué tragedia! Tienen que confiar en que las palabras de la Escritura significan algo diferente de lo que realmente dicen. En esencia, están magnificando el poder de Satanás sobre el poder de Dios, y haciendo imposible dejar de pecar por completo.

Promesas increíbles

Consideren ahora conmigo una de las promesas más extraordinarias que se encuentran en los consejos de Dios. «Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:16-19).

Es esa última frase la que necesitamos examinar cuidadosamente. ¿Cómo podría ser cierta tal declaración? No llego a comprender la magnitud de esas palabras. De hecho, me parece que estoy de pie en la orilla de un vasto océano inquieto, viendo cómo las olas retroceden hacia el infinito. Ser llenos de toda la plenitud de Dios es una de esas joyas inescrutables de la Verdad que solo podemos aceptar por fe. Nunca podremos entenderlo, pero podemos creerlo de todos modos.

¿Qué es toda la plenitud de Dios? Seguramente incluye Su justicia, Su victoria y Su naturaleza divina. Solo podemos empezar a comprender el alcance de esta promesa. Aparentemente, Él quiere que recibamos y compartamos todo lo que Él tiene. Como hijos e hijas de Dios, pertenecemos a una familia real y tenemos pleno derecho a participar de todas sus prerrogativas divinas.

Pero ahora leamos el gran clímax de esta pirámide de promesas en Efesios 3. Pablo escribe: «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que

actúa en nosotros» (Efesios 3:20). ¿Y cuál es ese poder? El Espíritu Santo, por supuesto. Cuando analizamos este versículo, nuestro asombro aumenta.

¿No sería lo suficientemente maravilloso si Dios solo prometiera darnos todo lo que pidiéramos? Seguramente una oferta tan abierta solo podría ser limitada por nuestra reticencia a pedir. Pero nuestro maravilloso y benéfico Padre nos asegura en este texto que Él está dispuesto a dar «*más allá*» de todo lo que pedimos. Él debe darse cuenta de que nos satisfacemos con demasiada facilidad y que no seríamos lo suficientemente audaces en nuestras peticiones. De hecho, Él no solo excederá «*todas*» nuestras peticiones de bendiciones espirituales, sino que otorgará «*abundantemente*» por encima de todo lo que podríamos pedir. ¡Pero eso no es todo! En el fervor de Su amor por nosotros, Dios promete hacer «*mucho más abundantemente de todo*» lo que podríamos pedir. ¡Qué desfile dramático de adjetivos poderosos para describir las riquezas espirituales tan fácilmente disponibles para todos nosotros! Y podrían añadir veinte o cien palabras más coloridas y la promesa no sería más cierta de lo que ya es.

Si sienten que nada podría hacer este texto más fantástico de lo que ya hemos observado, echen otro vistazo. Dos palabras más en el versículo lo convierten en el más asombroso de toda la Biblia: «*o entendemos*». No solo nos proveerá «*mucho más abundantemente de todo*» lo que podemos pedir, sino incluso por encima de todo lo que podríamos imaginar en nuestros sueños más salvajes. ¡Increíble! A veces tenemos anhelos espirituales profundos que son demasiado intensos para expresarse. Tememos que sería presuntuoso incluso pronunciar las palabras. Sin embargo, nuestro amoroso Dios desea superar el más profundo alcance del alma en busca de ayuda espiritual. Nos quedamos asombrados y avergonzados a la luz de la unción del Espíritu Santo que ahora podemos comenzar a experimentar una medida de esa calidad de vida que se designa en la Biblia como «*vida eterna*». ¡Qué concepto tan emocionante! Por favor, tengan en cuenta que todavía solo estamos hablando de un depósito anticipado de la cosa real, y el cielo mismo estará muy por encima de cualquier cosa que podamos experimentar aquí.

Propósito de la lluvia tardía

Pero ¿cuál es el propósito de este bautismo del poder del Espíritu? A menudo lo escuchamos mencionar como los «*tiempos de refrigerio*», la unción, la lluvia tardía o la promesa del Espíritu. La Escritura a menudo utiliza la terminología del Medio Oriente para la siembra y la cosecha. Poco después de la siembra, una lluvia estacional proporcionaba humedad para la germinación y el crecimiento inicial. Esto se llamaba la «*lluvia temprana*». Más tarde, cerca del tiempo de la cosecha, otra abundante irrigación se conocía como la «*lluvia tardía*». Los escritores bíblicos adoptaron estas expresiones para describir la visitación del Espíritu Santo sobre la iglesia en un sentido dispensacional. La «*lluvia temprana*» llegó en Pentecostés para dar impulso y vigor al testimonio inaugural del evangelio. Otro derramamiento prodigioso similar está programado cerca de la siega de la cosecha final de almas de la tierra, justo antes del regreso de Cristo.

Algunos pueden suponer que el propósito de tal otorgamiento de bendición espiritual al final de los tiempos es proporcionar victoria sobre el pecado, preparatoria para la traslación. Pero este no es el caso. La verdad es que nadie recibirá la «*lluvia tardía*» que no tenga ya la victoria sobre el pecado a través del despliegue de poder de la «*lluvia temprana*».

A nivel individual, cada cristiano experimenta su propio Pentecostés en el momento de la conversión. Bajo la fuerza de ese bautismo espiritual, el poder está disponible para la santificación completa. A medida que consideramos el propósito de la «*lluvia tardía*», se vuelve aún más claro por qué se requiere la separación del pecado bajo la administración de la lluvia temprana (conversión).

Jesús enunció claramente por qué se necesita el Espíritu en su plenitud. «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8).

¡Qué interesante que la bendición prometida no tenga nada que ver con la sensación o el logro personal! Es para calificar a los creyentes como testigos. Es para darles poder para *contar* algo. Un testigo, por supuesto, es alguien

que puede verificar personalmente un acto o evento. Ningún juez aceptaría el testimonio de un testigo que solo tuviera información de segunda o tercera mano para compartir.

¿Qué tenemos para compartir de nuestra experiencia personal que merezca el poderoso testimonio del Espíritu de Dios? Me temo que demasiados del pueblo de Dios necesitan *algo que contar* más de lo que necesitan el poder para contarlo. Ya tienen todo el poder que necesitan para hablar de su derrota y desánimo.

La bendición de Abraham

Uno de los textos más claros del Nuevo Testamento ofrece una descripción exacta de lo que se nos exige conocer y experimentar antes de que podamos calificar como un testigo lleno del Espíritu. El asombroso mandato establecido en este versículo identifica el único grupo que recibirá la lluvia tardía. «Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu» (Gálatas 3:14).

Un análisis cuidadoso de este versículo revela que solo aquellos que poseen la «*bendición de Abraham*» recibirán la «*promesa del Espíritu*». Se da una cosa (la bendición de Abraham) para que podamos recibir otra cosa (la promesa del Espíritu).

Dado que este es un versículo tan crucial, necesitamos estudiarlo con el mayor cuidado. ¿Qué es la «*promesa del Espíritu*»? Ya hemos determinado que es el derramamiento del Espíritu Santo en su plenitud para empoderarnos para testificar. Pero, según este texto, uno debe primero recibir la «*bendición de Abraham*» para ser bautizado con el Espíritu. Lo que sea que incluya esa «*bendición*» seguramente debe ser la necesidad más urgente de cada vida. Aquí hay un requisito absoluto para cada alma que aspira a ser llena con la experiencia de la «*lluvia tardía*».

Para entender la bendición de Abraham, debemos leer cuidadosamente Romanos 4:19-22. «Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), ni la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se

fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia» (Romanos 4:19-22). De estas palabras entendemos que la bendición de Abraham fue la *justicia por la fe*. ¿Podemos reducir esa frase a una ecuación más simple?

Consideren la promesa que Dios le hizo a este patriarca anciano y a su esposa de 90 años. ¿Cómo podría Sara concebir y tener un hijo cuando la Escritura claramente afirma que su matriz estaba muerta? Ambos sabían, sin lugar a dudas, que eran demasiado viejos para tener hijos. Era una imposibilidad física y biológica para Sara convertirse en madre. ¡Sin embargo, Dios había dicho que tendría un hijo!

¿Qué hizo Sara finalmente, mientras las dudas continuaban asaltándola con respecto a la promesa? ¡Le propuso a Abraham que tomara a Agar, su esclava, e intentara tener un hijo con ella! Si funcionaba, al menos una parte de la promesa de Dios se cumpliría. Parece que Sara estaba tratando de sacar a Dios de una situación muy embarazosa en la que Él se había metido. Incluso si ella no podía producir el niño, podría ser que Abraham fuera padre, y así salvar parcialmente la integridad de Dios.

Como todos reconocemos ahora, Abraham tuvo un hijo con Agar cuyo nombre era Ismael, pero ¿reconoció Dios alguna vez a ese hijo como el hijo de la promesa? Nunca. Él volvió a la anciana pareja y reafirmó Su promesa de que tendrían un bebé. Y esta vez comenzaron a creer que si Dios lo decía, el milagro tendría que ocurrir. Con una fe sencilla y pura, se aferraron a la promesa como si ya hubiera sucedido. Y, por un acto creativo de Dios, Sara dio a luz al hijo de cuyos descendientes nacería el Salvador del mundo.

Debido a su absoluta confianza en la Palabra de Dios —creyendo que se cumpliría contra toda probabilidad— Abraham se convirtió en el «*padre de los fieles*». Dios le imputó mérito por hacer lo correcto porque él contó las cosas que no eran, como si ya existieran.

Esto explica la «*bendición de Abraham*» en lo que respecta al patriarca, pero ¿qué es en lo que nos concierne a nosotros? Hemos aprendido de Gálatas que ninguno de nosotros puede recibir el bautismo del Espíritu a menos que

primero experimentemos también la *«bendición de Abraham»*, o la justicia por la fe.

¿Cómo cumplimos esta condición previa para el bautismo del Espíritu Santo? ¿Se nos han hecho a nosotros también promesas increíbles? De hecho, sí, y algunas son tan extravagantes que luchamos, como Sara, para creer que significan lo que dicen.

Una de esas promesas se encuentra en 1 Juan 1:9: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad» (1 Juan 1:9). ¡Qué seguridad tan ilimitada! Pero ¿cómo sabemos que el perdón ha tenido lugar? Solo a través de la fe en la promesa. Como Abraham, debemos aceptar la Palabra de Dios como ya cumplida, solo porque Dios lo dijo. A esa transacción de fe la denominamos teológicamente *«justificación por la fe»*. Simplemente significa que, a través del arrepentimiento y la confesión, hemos sido perdonados por todos los pecados pasados y hemos entrado en la nueva relación de ser nacidos de nuevo.

Justificación y santificación juntas

Ahora la pregunta: ¿Es esta experiencia de justificación por la fe lo mismo que la justicia por la fe? La respuesta debe ser no. Es solo una parte de la justicia por la fe, y por lo tanto las dos cosas no son exactamente equivalentes. La verdad es que todos necesitamos más que solo el perdón por el pasado; también necesitamos poder para el futuro. Hay más promesas en la Biblia, y se aplican a la victoria sobre el pecado. Por ejemplo: «Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 24).

¿Qué sucede cuando nos arrodillamos con fe y reclamamos el poder para dejar de ceder al pecado? Dios coloca una reserva de fuerza en nuestra vida, y en ese momento podemos reclamar la liberación de cualquier hábito de pecado. Los eruditos han adjuntado un largo título teológico a esta experiencia: santificación. Simplemente significa que Dios ha entrado ahora en la vida para impartir poder sobre las tendencias heredadas y cultivadas de la naturaleza caída. Como la justificación, también se recibe por la fe en las promesas.

Ahora estamos listos para unir estos dos procesos de fe y obtener la verdadera definición de justicia por la fe. Cuando la justificación y la santificación se unen para funcionar en una relación de amor continua con Cristo, ustedes ven la «*bendición de Abraham*» en el sentido pleno. ¡Ahora sí tienen algo que contar! Y según Pablo, también califican para recibir el poder para contarlo.

Si se encuentran con alguien que no ha aceptado a Cristo como Salvador, pueden dar un poderoso testimonio de su propia alegría personal y seguridad en Él. ¡También pueden dar testimonio en primera persona de los sencillos pasos que llevan de la muerte a la vida!

Por otro lado, si se encuentran con alguien que está luchando con una debilidad o hábito personal, pueden compartir poderosamente el secreto de reclamar la victoria a través de las promesas auto-cumplidoras. Al involucrarse experimentalmente en estas dos relaciones prerrequisito, ahora están listos para solicitar el paso final del bautismo del Espíritu Santo. Tomen nota de que este llenado también se recibe como «*la promesa del Espíritu por la fe*» (Gálatas 3:14). Esto nos da una concepción clara de cómo y cuándo se otorga. Debe venir por promesa, y tiene que ser por fe.

Inmediatamente podemos ver que muchas iglesias modernas tienen una comprensión distorsionada de este tema. Aquellos grupos que exigen alguna «*evidencia*» física del bautismo no son bíblicos. La fe y el sentimiento se oponen entre sí en este contexto. El propósito de esta unción no es la sensación, sino el servicio. Requerir algún sentimiento sensorial o emocional es negar la designación explícita: «*por la fe*».

¿Es esta falta de reclamar el don de la justicia por la fe la responsable de la falta de poder en la iglesia hoy? En gran medida, ciertamente es cierto. Las Escrituras afirman repetidamente que el Espíritu Santo no puede morar con aquellos que son desobedientes. «Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen» (Hechos 5:32).

El Espíritu puede convencer a los pecadores y llevarlos al arrepentimiento, pero no puede haber un ministerio de poder para testificar hasta que el testigo

esté completamente provisto de algo que contar. Y la Biblia define ese algo como justificación y santificación. ¿Hay quienes han recibido ambas experiencias calificadoras que aún no están llenos del poder prometido? De hecho, es posible que algunos no hayan recibido simplemente porque no han pedido. Estamos hablando de un don muy especial y específico que requiere una entrega total, así como una fe total al pedir. Repasemos los pasos nuevamente que conducen a este derramamiento de poder.

El primer nivel de preparación para esta unción divina es reclamar el don de la justificación. En ese momento se le proporciona al creyente una medida del Espíritu Santo que hace posible superar toda debilidad heredada o adquirida. En la fuerza de esa experiencia de conversión (lluvia temprana) se hace posible el segundo nivel de preparación: la santificación. Esto consiste en apropiarse del poder de la «*lluvia temprana*» para la perfección del carácter cristiano y reflejar plenamente la justicia de Cristo. Tanto la justificación como la santificación son transacciones de fe.

El nivel número tres implica un ejercicio del mismo tipo de fe para compartir con otros las hermosas experiencias de los niveles uno y dos. Consiste en reclamar realmente el poder prometido para hacer que nuestras palabras sean convincentes y fructíferas. Nada es más estéril que un testimonio desprovisto del Espíritu de Dios, y nada es más humillante que ver lo que Dios puede hacer con el discurso vacilante de un santo sincero y lleno del Espíritu.

Recientemente, un joven amigo ministro me contó una historia que ilustra lo que Dios puede hacer y hará por nosotros si estamos dispuestos a ser usados por el Espíritu. Tony se había convertido del catolicismo en las calles de Nueva York, e inmediatamente sintió una convicción ineludible de ser ministro. Con dos niños pequeños y poco dinero, no parecía haber posibilidad de que Tony asistiera a la universidad o al seminario. Sin embargo, el llamado era tan fuerte en el tierno corazón de este joven recién nacido que decidió lanzarse con fe.

Antes de inscribirse en una universidad cristiana, Tony le prometió al Señor que aceptaría toda oportunidad de hablar ante una audiencia. Se dio

cuenta de cuánto necesitaba la experiencia de pensar sobre la marcha y articular sus pensamientos a una congregación que escuchaba.

Poco después de que su familia se mudara a la comunidad universitaria, Tony se enteró de que había muchas iglesias pequeñas alrededor del campus, y que los estudiantes ministeriales novatos probaban sus alas en esas capillas rurales. No pasó mucho tiempo antes de que Tony fuera abordado un viernes por la tarde con una invitación para predicar en una de esas iglesias. Aunque solo tenía las horas de la tarde para prepararse para la cita del sábado, Tony recordó su promesa de aprovechar cada oportunidad para hablar. Así que aceptó la cita. Hizo todo lo posible por armar un bosquejo de sermón mientras oraba y estudiaba hasta altas horas de la noche. Pero, por desgracia, solo pudo producir notas para un mensaje de diez minutos como máximo. Con la esperanza de poder añadir más ideas a sus notas de sermón durante el estudio de la clase de Escuela Sabática, Tony salió temprano a la mañana siguiente para la aterradora cita. Como un cristiano joven muy inmaduro, casi no tenía experiencia previa en hablar desde el púlpito y estaba casi paralizado por el miedo de que su sermón de diez minutos fuera más humillante que esclarecedor.

Al llegar a la iglesia, Tony se deslizó en una de las aulas, esperando tener la oportunidad de mezclarse con el grupo y estudiar sus escasas notas durante la lección. Pero no fue así. En la clase ese día había un hombre ruidoso que estaba creando revuelo. Constantemente discutía puntos con la maestra, una mujer presionada, y parecía hacer todo lo posible para avergonzarla. Tony pasó gran parte del tiempo de la clase ayudándola a defenderse de los ataques distractores e irrelevantes del hombre contra los temas en discusión.

Después, mientras esperaba para subir a la plataforma, la mente de Tony todavía estaba dando vueltas por la confrontación emocional, e incluso su breve bosquejo de sermón no estaba muy claro en su pensamiento. Con ferviente oración se encomendó a Dios y subió al púlpito.

De alguna manera, Tony logró pronunciar los diez minutos de notas de sermón, y justo cuando se encontraba buscando desesperadamente más palabras, un fuerte y angustioso grito salió de la audiencia. Mirando por el pasillo central, Tony vio que un hombre se había caído de su asiento al final

del banco y gateaba de rodillas hacia el frente de la iglesia. Lloraba a voz en cuello, y su esposa intentaba en vano arrastrarlo de vuelta a su asiento.

Un rápido vistazo identificó al hombre como el implacable debatiente de la clase de Escuela Sabática. Para entonces, entre sollozos, suplicaba que la iglesia orara por él. «Su sermón me ha llegado al corazón y el Espíritu Santo me ha convencido de mis pecados. He estado quebrantando la ley de Dios y ahora quiero enmendar las cosas. Por favor, oren por mí».

En un instante, la congregación también rompió a llorar, y la reunión terminó con una gloriosa nota de victoria mientras la audiencia unía corazones y manos para orar por el buscador arrepentido.

¡Qué aliento para un joven predicador! Tony me dijo que ni siquiera podía recordar una palabra de lo que dijo ese día. Pero Dios simplemente añadió el Espíritu Santo a los esfuerzos balbuceantes de un corazón rendido, y el resultado fue un milagro. Cuando Tony regresó a esa iglesia un año después, encontró a ese hombre sirviendo como anciano principal de la congregación.

¿Ven ahora qué diferencia hace estar lleno del Espíritu? Esta es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros y Él lo ha hecho posible a través de la hermosa promesa de Gálatas 3:14. Extiendan la mano ahora mismo y fijen su fe en la bendición de Abraham. Con la fuerza de esa justicia, imputada e impartida por la fe, podrán ser empoderados para hablar palabras que cambiarán vidas.

Visítenos en línea en
www.amazingfacts.org
o llame al 800-538-7275.

¡No se pierda nuestro curso GRATUITO
en línea sobre Profecía Bíblica en
www.bibleuniverse.com!
¡Inscríbese hoy y expanda su universo!

P.O. Box 1058 • Roseville, CA 95678-8058